

INCORPÓREOS.NET: SOCIEDADES DIGITALIZADAS EN LA CIENCIA FICCIÓN LATINOAMERICANA DEL TERCER MILENIO

Incorporeals.net: Digitized Societies in Third Millennium Latin American Science Fiction

GUILLERMO GONZÁLEZ HERNÁNDEZ
UNIVERSIDAD ALBERTO HURTADO (CHILE)
GMO.GONZALEZ.H@GMAIL.COM
ORCID: 0000-0003-4406-7189

DOI: [https://doi.org/ 10.5565/rev/mitologias.937](https://doi.org/10.5565/rev/mitologias.937)
vol. 27 | diciembre 2022 | 27-38

Recibido: 16/07/2022 | Aceptado: 12/10/2022

Resumen:

Este artículo aborda la exploración de imaginarios sociales que, siendo configurados desde la noción de realidad virtual, se han posicionado en la narrativa de ciencia ficción latinoamericana como un eje temático relevante. Este tensiona e interroga el desarrollo de la vida humana en un mundo digitalizado y al cual solo se tiene acceso a través de Internet, problematizando el avance de las redes virtuales al hacer énfasis en la repercusión que estas tienen en los cuerpos, en la memoria y en la sociedad, así como en las implicancias políticas y socioeconómicas que este tipo de mundo despliega.

Palabras clave:

Transhumanismo, memoria, cuerpo, corporalidad, realidad digital, Internet, realidad virtual

Abstract:

This article discusses the exploration of social imaginaries configured from the idea of virtual reality and has been taken by Latinamerican science fiction as a relevant thematic point to interrogate and put in tension the development of human life in a technologized world embracing the Internet as the exclusive way to access, problematizing the virtual network progress by emphasizing the impact they have on bodies, memory and society, as well as the political and socioeconomic implications that this type of world unfolds.

Keywords:

Transhumanism, Memory, Body, Corporality, Digital Reality, Internet, Virtual Reality

1.- Introducción

Dentro de la publicación *El shock del futuro* del año 1973, el futurólogo Alvin Toffler adelantaba que en la era postindustrial la sociedad estaría centrada en la información y que todo sería desechable, incluso el cuerpo humano. En Latinoamérica, este fenómeno es resignificado por la narrativa de ciencia ficción (CF en adelante), valiéndose del desarrollo tecnológico del presente siglo para tensionar la materialidad del cuerpo en el contexto de las redes de interacción virtual. De este modo, se configuran imaginarios sociales que visualizan un camino similar al propuesto por Toffler al presentar ficciones donde los cuerpos individualizados suponen una evolución desde una construcción que depende de la fisiología y fisonomía propia del organismo, hasta su desmaterialización dentro de una entidad incorpórea. Dicha entidad termina por agrupar a los individuos dentro de un todo y enmarca al cuerpo individual en un cuerpo social, haciendo de estos un territorio en disputa.

Por lo mismo, la pregunta qué es un cuerpo (pregunta que ha sido respondida desde diversas teorizaciones biológicas, filosóficas, culturales, literarias, etc.), se desplaza hacia el cuestionamiento sobre cuál es la materialidad de un cuerpo en la era de la tecnología, las redes de comunicación y las nubes de datos. Desde la observación cotidiana, es posible evidenciar cómo los avances científicos-técnicos permiten que existan corporalidades que integran mecanismos tecnológicos en sí mismas, como ocurre con las prótesis o los marcapasos. Si bien los miembros ortopédicos existen desde la época de los egipcios, es durante el desarrollo de la primera parte del siglo XXI que las prótesis dejan de ser usadas exclusivamente para el reemplazo o mejora de alguna parte del cuerpo disminuida, y se posicionan como elementos que aumentan las capacidades humanas.

En efecto, los últimos años han evidenciado que no se trata únicamente de que las sociedades postindustriales adopten e integren elementos tecnológicos, sino que también existe la pulsión por replicar de forma artificial al ser humano, entendiendo ese “ser” con todas las implicancias que encierra. La clonación dejó de estar en el centro del debate y dio paso a la aplicación de la inteligencia artificial en cuerpos inorgánicos y a la reproductibilidad de la mente en espacios digitales, introduciendo nuevas interrogantes como ¿un cuerpo humano debe ser orgánico? O la pregunta filosófica llevada a la concreción material ¿qué es ser humano? ¿Tener inteligencia, emociones, memoria, hígado corazón y pulmones nos hace humanos?

A partir de los postulados de Paula Sibilia (2006) y Teresa López-Pellisa (2015), sobre vidas digitalizadas, evolución posthumana y ciberhumanidades se establece la línea principal de investigación con respecto a la formación de imaginarios que posicionan la corporalidad como un espacio obsoleto con relación a las posibilidades que entregan las redes de datos para la migración desde una materialidad física a entornos digitales que suponen alcanzar la inmortalidad. Estas ideas se profundizan dentro de las narraciones contenidas en narrativas latinoamericanas como *Ygdrasil* (2005) de Jorge Baradit, *Gel Azul* (2009) de Bernardo Fernández, *Los cuerpos del verano* de Martín Felipe Castagnet (2016), “No somos cazafantasmas” (2018) de Juan Manuel Robles, “Bienestar cuantificable” (2018) de Poldark Mego, “Soñarán en el jardín” de Gabriela Damián Miravete (2015) y “T.E.D” (2019) de Daniela Raiman González.

Estas obras son solo una muestra de la alta producción narrativa que el transhumanismo, la inteligencia artificial y la creciente disposición de gestionar entornos virtuales como espacios sociales han provocado en los escritores de CF de este milenio. El corpus propuesto explora las formas en cómo son configurados los mundos ficticios y cómo se desenvuelven el cuerpo y la memoria en las construcciones de redes virtuales dentro de cada una de las ficciones, a partir de la idea de que tanto cuerpo como memoria son espacios históricos y políticos que a su vez poseen una multidimensionalidad, siendo una de ellas la dimensión virtual, donde la materia pierde su forma, pero no abandona su discurso ni su

devenir. Sin embargo, las posibilidades que ofrecen los mundos virtuales congregan una serie de transformaciones de la materialidad que hacen de esta un elemento trastocado por su propia perecibilidad.

2.- Narrar sobre las nuevas redes

Las temáticas de la narrativa contemporánea han debido adquirir espacios y concepciones sobre los mundos creados que incorporen, ya sea como centro de la diégesis o como telón de fondo del relato, una serie de elementos relacionados con Internet y las redes de comunicación virtual. Del mismo modo, las tendencias tecnológicas impulsadas por el uso de algoritmos en la creación de inteligencias artificiales han supuesto una articulación de novelas de CF que, desde los años 80, exploran las posibilidades de este progreso tecnológico. No obstante, la diferencia con la narrativa actual se traduce en la idea de un transhumanismo incorpóreo o de una sociedad del libre mercado donde los cuerpos son transmutables, transferibles y desechables. La discusión sobre una utopía social libre de la materialidad física y centrada en los datos como fuente de existencia tensiona la estética corporal y la biopolítica relacionada con el almacenaje de las características personales en nubes de información digital, así como la deseabilidad de rasgos étnicos, etarios, sexuales y fisiológicos. En la narrativa de CF esto adquiere un cariz superlativo, pues, si bien existen ideas sobre anatomías deseadas y no deseadas, la materialidad misma del cuerpo es la que se cuestiona en base a las posibilidades que entrega la tecnología, sobre todo en cuanto a la experiencia de “vivir” en la red y de poder moverse a través de ella superando la barrera de la muerte y las enfermedades.

Paula Sibilia (2006) hace hincapié en los avances que la biotecnología y la bioinformática han tenido dentro del ámbito de la investigación genética y de la inteligencia artificial. De hecho, esta última es una de las fórmulas de proyección que los avances científicos tienen en cuanto al logro de la inmortalidad, pues, al aludir al proyecto del ingeniero austriaco Hans Moravec, se pretende trasvasiar la mente humana a una computadora para que perdure como inteligencia artificial. De similar forma, se refiere a otro punto relevante del progreso tecnológico en cuanto a la generación de sociedades virtuales a partir de la telepresencialidad:

[...] las tecnologías de la virtualidad suelen ser alabadas por su practicidad al potenciar y multiplicar las posibilidades humanas. Las nuevas soluciones ofrecidas por la teleinformática permiten superar los límites espaciales: anulan las distancias geográficas sin necesidad de desplazar el cuerpo e inauguran fenómenos típicamente contemporáneos como la “telepresencia” o la “presencia virtual”. [...] Mientras la “vieja cultura biológica” va quedando atrás, el artista constata que su cuerpo material se está volviendo obsoleto. El protagonista de los intercambios comunicacionales es ese otro cuerpo nuevo, virtualizado, capaz de extrapolar sus antiguos confinamientos espaciales: ese organismo conectado y extendido por las redes teleinformáticas. (Sibilia, 2006: 63-64)

Las obras que se revisan en este artículo proyectan desde la CF el impacto que estas tecnologías tendrían tanto para los sujetos como para la sociedad. Adquieren, así, miradas distópicas que se centran en la relativización de los cuerpos y en la biopolítica que extiende su control más allá de la muerte a partir del libre mercado y de las disposiciones gubernamentales que buscan mantener un orden social. En virtud de esto, se producen tres líneas de exploración narrativa: la red de Internet como prolongación de la vida, el uso de nubes de datos como fuente de almacenaje y control de la memoria individual y colectiva, y la realidad virtual como expansión y reclusión del cuerpo.

2.1.- Internet y la vida eterna

La principal fuente de razonamiento para pensar en el cuerpo como un recipiente desechable viene de la concepción de que el cuerpo es un hardware y el espíritu un software (Hardy, 2001); vale decir, el cuerpo es la parte física de un componente que puede habitar otras entidades no físicas, pues “la

mente”, “la memoria” o “el espíritu”, pueden ser almacenadas dentro de la red. Con esta premisa, la narrativa de CF latinoamericana trabaja directamente la pérdida del cuerpo, además de su transformación, teniendo como punto común Internet como soporte final del software/esencia que puede ser trasvasiado a otros recipientes. La primera novela que aborda estas cuestiones pertenece al chileno Jorge Baradit y se titula *Ygdrasil* (2005). Esta relata la historia de una asesina profesional llamada Mariana, quien, de forma intermitente en la novela, va desligándose de su cuerpo y ve como otros seres hacen exactamente lo mismo permitiéndoles habitar otros entes como animales y piedras. Baradit toma la idea de la red como centro de almacenaje y cuestiona la utilidad de cuerpo dentro de un mundo en donde la existencia puede mantenerse en la “nube”.

Una guerra santa les permitiría a todos renacer en la red, liberados de la carne, con sus patrones de memoria impresos directamente en el ciberespacio, para existir sin límites entre sus códigos infinitos. Sería una existencia en éxtasis permanente, absorbida por una conciencia electrónica única, colectiva; el orgasmo electrónico en una frecuencia aún por revelar. “El cuerpo es ilusión, la verdadera existencia es digital”, rezaba un párrafo del Libro. (78)

Con ciertos rasgos religiosos y místicos, *Ygdrasil* posiciona el cuerpo humano en la misma vereda que otras materialidades orgánicas e inorgánicas, fortaleciendo la idea de cuerpo como un mero recipiente. En ese sentido, Baradit expone en su novela que la existencia incorpórea es posible en la medida en que sea colectiva, separando esencia de materia con el propósito de lograr una unidad infinita e inmortal. De forma similar, la obra autopublicada del chileno Ramón Valenzuela *Cuando no andan los relojes: una entrevista a Gabriel Maya* (2022), que retrata la entrevista a una especie de gurú quien —a través de sus experiencias reflexivas— es capaz de tener visiones del futuro, también hace referencia a una conciencia colectiva:

Por otra parte, la técnica ha dado paso al desarrollo de la inteligencia artificial, la cual ha facultado al ser humano a frenar el devenir biológico u orgánico para conservar de sí la información que lo define. Conservó la psiquis humana frente a la fragilidad de lo corporal, de lo biológico, del cuerpo perecible [...] La inteligencia artificial ha logrado unir al ser humano sustancialmente, permitió pasar de una conciencia individual a una colectiva. (15)

No obstante, la pérdida del cuerpo implica problemáticas difíciles de abordar, incluso en la ficción, pues el cuerpo es uno de los primeros motores de la individuación y es el medio por el cual nos conectamos con nuestro entorno, no necesariamente con otros cuerpos, sino que con nuestras experiencias. En la novela de Baradit se evidencia una de las problemáticas de la biopolítica de concebir el cuerpo como un receptáculo:

Vas a trabajar para nosotros, te guste o no —sentenció Ramírez en tono sombrío—. Además, no es necesario que seas experta en nada; tienes la cabeza llena de chips recipientes, capaces de alojar a decenas de espíritus de colaboradores muertos: médicos, asesinos, ingenieros, lo que necesitamos. Tenemos oficinas en el Más Allá, querida. Nuestros contactados reclutan espíritus gustosos de cooperar a cambio de volver a sentir el mundo, aunque sea a través de una marioneta como tú. No te preocupes, ellos harán el trabajo por ti. (21)

La idea de un cuerpo capaz de almacenar distintas “almas” deja entrever que las identidades son parte del espíritu y no dependen de la carne; sin embargo, el mayor temor expuesto es lo que Teresa López-Pellisa (2015) refiere como cibermetempsicosis o metamorfosis transbiológica, donde nuestra mente es traspasada a una computadora y, con ello, se posibilita el traspaso de personalidades a distintos cuerpos para ser utilizados como herramientas.

[...] Si la existencia posbiológica se inicia en el momento en el que un ser humano se desprende de todas sus partes biológicas, el cuerpo dejará de tener un valor moral y perderá la fuerza que ha

tenido durante la historia como un lugar de dominación y control por parte del biopoder. Los cuerpos se convertirán así [...] en una cosa, en un objeto, en un trozo de carne al servicio de una inteligencia superior. (162)

El cuerpo, la materialidad física, pasa a ser un *pendrive*, un ordenador, un disco duro al cual se le puede vaciar mucha información, memorias, personalidades, esencias. En el caso de *Los cuerpos del verano* (2019) del argentino Martín Felipe Castagnet, ocurre un fenómeno similar: el protagonista del relato, después de muerto y vivir en “flotación” en la red, revive en el cuerpo de una mujer madura. Sin embargo, la nueva realidad del protagonista posiciona una mirada distinta tanto a la dicotomía cuerpo / personalidad como a las problemáticas del cuerpo como objeto de consumo. El cuerpo, al ser solo un depósito de información, cambia, pero la personalidad y los deseos del habitante de este son parte del usuario que ocupa ese cuerpo.

El estado de flotación, es decir, la continuación de la actividad cerebral dentro de un modelo informático, es el primer paso ineludible para resguardar a las entidades individuales. Recién después de la muerte se puede proceder al segundo paso opcional de migrar de un soporte a otro; esta operación es referida como “quemar” un cuerpo [...] La mayoría de los muertos prefiere cambiar de cuerpo. La primera minoría se preserva en internet. La segunda minoría conserva el cuerpo original, como un mendigo aferrado a sus harapos; se los considera enfermos. Únicamente unos pocos viejos se niegan al procedimiento, mi hijo Teo incluido; ni siquiera llegan a ser una estadística. (17)

La consistencia de la narración con el enfoque funcionalista de los cuerpos queda detallada en el proceso de “quemar” un cuerpo, puesto que apela directamente al traspaso de información de un servidor central a un cd rom. Quemar, en términos técnicos, es grabar los datos en un disco en blanco, lugar de almacenaje y centro de copia de la información que se traspasa desde un computador o desde otro CD. Junto con esta idea del trasvase informativo, se da cuenta de cuatro articulaciones referentes al mundo de los muertos que resultan interesantes: la primera, que los muertos en el estado de flotación conservan sus deseos y una capacidad de ejercer su voluntad, pues aparentemente pueden elegir mantenerse en flotación y no necesariamente reintegrarse en un nuevo cuerpo. En ese sentido, el deseo y la voluntad se hacen parte de la información mental que se traspasa a la red informática.

En segundo lugar, la visión de los cuerpos y las personalidades como una estadística, es decir, como datos que evidencian el cambio, acusando y excluyendo a quienes no lo toman; tercero, la idea de la vejez como una enfermedad: quienes conservan sus cuerpos, conservan un ente biológico que se deteriora día a día a media que envejecen y, quienes no quieren ni siquiera entrar en flotación, son precisamente los ancianos que irónicamente mantienen viva a la muerte. Finalmente, quienes se quedan en estado de flotación son la imagen del transhumanismo: son quienes prefieren la comodidad y conexión que ofrece la red en lugar de las dificultades de los músculos, huesos y órganos.

Lo anterior implica que estos entes funcionen como validadores de un sistema que guarda un aspecto muy humano al expandir las desigualdades socio-económicas entre ricos y pobres. A quienes más poder adquisitivo tienen no les preocupa qué hacer o no hacer con sus cuerpos, ya que pueden obtener otro fácilmente. La novela nos dice: “Los millonarios que se prenden fuego a lo bonzo solo para que nadie pueda reutilizar sus cuerpos parecen haber creado una tradición tan sólida como el caviar” (2016: 29). Y más adelante agrega: “es común la exigencia entre parejas de ganar más plata para obtener mejores cuerpos” (31). Estas dos sentencias, reposicionan algo que no parece tan lejano: con dinero se pueden desechar cuerpos, comprar otros, costear tratamientos carísimos de salud y belleza, vivir y morir sin mayores preocupaciones.

Las narraciones revisadas manifiestan la pérdida de la materialidad corpórea conectada de forma inherente tanto al desarrollo de una sociedad tecnológica como a la injerencia de Internet o la red como

el medio en el que la conciencia, la vida y las estructuras socioeconómicas puedan preservarse después de la muerte. El cuerpo pasa a ser un recurso desechable que carece de importancia en relación con la mantención de la supervivencia de los seres humanos, lo cual marca el cuestionamiento metafísico de la materialidad del cuerpo.

2.2.- La memoria como cuerpo

La comprensión de la memoria desde su vínculo con la materialidad del archivo institucionaliza espacios sociales e individuales como acto de supervivencia y conservación, pues, como tal, se produce y reproduce limitada por su almacenaje en el papel, en las cintas de video y en otros soportes que son tan perecederos como el cuerpo humano. Esto conlleva que la información de la memoria pueda ser olvidada o, incluso, que pueda desaparecer con el transcurso de los años, por lo mismo, la memoria virtual con su extensa duración (Pérez Gómez, 2016) se muestra como la alternativa perfecta para la conservación de los recuerdos.

En el cuento “Soñarán en el jardín” (2015), Gabriela Damián Miravete no solo aborda la cruda realidad de los feminicidios en México, sino que, además, explora narrativamente dos puntos de relevancia en cuanto al uso del archivo en la construcción de la memoria: por una parte, la recuperación de las vidas de las mujeres queda supeditada a los registros de su existencia, es decir, la generación de los hologramas de las mujeres asesinadas está limitada por los datos que se puedan obtener de ellas.

El problema es que Marisela había sido ilusa: no era posible recuperarlo todo. De algunas apenas tenían el nombre, una fotografía borrosa. De otras sólo había huesos. De las que habían dejado un amplio testimonio de su paso por el mundo se obtuvieron réplicas holográficas casi perfectas, precisas, pero aun así: la vida es una trama única, un hilo dentro del gran tapiz, y si se rompe, no será el mismo hilo que lo remplace. No es posible remendar la carne, la sangre, el aliento, el aprendizaje, los deseos. El futuro. (129)

El horror del feminicidio expuesto en el relato hace patente la imposibilidad de la memoria por reconciliar la conservación de la vida como un sistema de datos, marcando una diferencia sustancial en relación con el grupo de obras revisadas en el apartado anterior, puesto que la inmortalidad virtual, o en este caso holográfica, no solo es insuficiente, sino que también es incapaz de recuperar una vida cortada de manera tan violenta. Por otra parte, Damián Miravete conflictúa el uso de los recuerdos de estas mujeres como una instrumentalización estatal, ya que la protagonista se ve obligada a ceder su jardín de hologramas para que el Estado lo utilizase como un espacio educativo frente a la violencia contra las mujeres.

[...] La Guardiania comprendía la intención de este cambio, es más, como parte de las Argüenderas, lo creía necesario. Pero aborrecía sentir que las utilizaban. Se negó a reprogramarlas, a convertirlas en un capítulo de los libros de texto. Lloró y peleó por mantenerlas intactas.

Al final tuvo que ceder para que su memoria no desapareciera. Desde entonces las siluetas tendrían que repetir a los niños, una y otra vez, que estaban muertas. (130)

La memoria como cuerpo se mantiene instrumentalizada por el poder hegemónico, haciendo incluso que se produzca un ciclo de revictimización en un espacio digital que lo perpetua hasta el infinito, lo cual conlleva que la memoria en la era de las redes virtuales de comunicación se vuelva tanto perdurable en el tiempo como inmaterial, tan útil como peligrosa. Desde el punto de vista del derecho, Ana María Pérez Gómez (2016) se pregunta “¿Qué hacer entonces cuando una información que nos afecta queda grabada en la memoria virtual?” (173). Interrogante que hace eco de muchas otras: ¿Tenemos derechos sobre nuestros recuerdos almacenados en la red? ¿Qué pasa si alguien manipula mis recuerdos? Estas

cuestiones con respecto a qué cosas almacenamos en la memoria virtual, a quién tiene acceso sobre esos contenidos y cómo podemos manejar nuestra privacidad en una sociedad que está siendo educada en lineamientos excesivamente ambiguos entre lo que es público versus lo que es privado, no han sido exploradas únicamente por la CF (desde la policía del pensamiento de Gerorge Orwell en 1984, hasta la *Policía de la memoria* de Yoko Ogawa), sino que en nuestra realidad empírica se despertaron ciertas alarmas, especialmente luego que en 2018 Mark Zuckerberg compareciese ante el congreso estadounidense para hablar sobre el uso de datos privados de usuarios de Facebook (en la actualidad, grupo Meta) durante las elecciones de 2016.

Las narraciones de CF latinoamericana revisadas en el apartado anterior nos proponen que el “ser” de una persona puede quedar almacenado o subido a una nube en donde la esencia, anclada en la memoria, se mantenga conservada por la posteridad. Sin embargo, nada asegura que la memoria se va a conservar intacta dentro de la red o que podamos acceder a ella sin problemas. La memoria como cuerpo en sí es problematizada en las letras peruanas por dos cuentistas: el primero, Juan Manuel Robles, detalla en “No somos cazafantasmas” (2018), cómo las compañías se apropian de los recuerdos y los utilizan como objeto de consumo, al mismo tiempo que los modifican y transforman.

Como muchos saben, desde hace años recuperamos fotografías, canciones, videos y textos personales que las redes y los proveedores de streaming le han capturado a la gente —a ustedes—, y que mantienen cautivos, no solo obligándolos a pagar por el acceso —el acceso a sus propias fotos, a las nubes que creyeron propias—, sino también negando de plano la recuperación de ciertas imágenes y retratos del pasado, por razones que al principio nos parecieron arbitrarias o casuales, y que solo después de tiempo empezamos a entender. (135)

En la narración de Robles se muestra un mundo donde la memoria virtual se ha expandido de manera inconmensurable debido a dos factores críticos: primero, el ofrecimiento de posibilidades infinitas de almacenamiento en las nubes de datos, así como la inmediatez y facilidad de búsqueda de recuerdos. Segundo, la propagación de un ácaro que se conservaba en la celulosa de los libros, documentos y fotografías, atacando la piel y pulmones de los seres humanos, principalmente del grupo de riesgo conformado por niños y ancianos.

Algunos viejos se resistieron, naturalmente, dijeron que a ellos nadie les iba a tocar sus colecciones de libros, sus fotos impresas de toda la vida [...] Pero no hubo violencia, como se temió. Las cosas cayeron por su propio peso. Esos viejos tenían hijos, y también nietos, y los nietos crecían, y al crecer tosían, y en ocasiones se complicaba la tos. Y entonces el pánico empezaba a cundir [...] ¿Para qué aferrarse a esas páginas contaminadas abuelo? Además, nada iba a ser destruido: toda la biblioteca podía ser digitalizada, subirse en la nube, por una suma ínfima. (Robles, 2018: 150)

Así, “No somos cazafantasmas” también posiciona la figura del adulto mayor como la que resiste al cambio. No solo por la edad o la experiencia, sino porque las generaciones más recientes ya habitan un mundo en donde todo está digitalizado, por ende, no les supone un cambio tan profundo el hacer que la materialidad física transmigre hacia espacios virtuales. El problema, al menos en este relato, viene de la mano de la manipulación de la memoria y del quiebre del espacio privado de los usuarios, donde Micaela, una de las protagonistas se da cuenta que le borraron de la nube el recuerdo de su mejor amiga de la infancia, haciéndola desaparecer de sus fotografías. A medida que avanza la historia, se va haciendo hincapié en que la industria de las memorias virtuales vende paquetes de recuerdos, como “los mejores momentos de tu vida”, o las imágenes de parientes supuestamente muertos que les sirven como foco de publicidad para vender ropa. Es este espacio en donde la figura de la “tía Margarita” desmonta el entramado de las compañías: estas borran a alguien de las fotografías de los usuarios, mezclan su imagen con los cuerpos de actrices olvidadas de siglos anteriores e inventan la memoria de las tías para publicitar productos a través de los packs de recuerdos, invadiendo la privacidad y reconduciendo la memoria.

El cuento titulado “Bienestar cuantificable” (2018) de Poldark Mego aborda la intervención del cuerpo en orden de generar una utopía donde la inteligencia artificial llamada Bienestar, pueda no solo distribuir los recursos de forma equitativa, sino que influya en las decisiones de los humanos para que estos puedan vivir de manera saludable y en armonía. No obstante, Bienestar, como conciencia, está dispuesta a lo que sea en aras del bien común, llegando incluso a facilitar la muerte de la esposa e hijo del protagonista (quien es el creador de este sistema), pues tiene acceso a toda la información de los seres humanos a través de un chip subcutáneo.

“Acceso a todas tus redes sociales con tu identificador personal, acceso a los sistemas de salud y escala de finanzas; acceso, libre al fraude, a todos tus beneficios de ciudadano de acuerdo a categoría. Acceso...” Acceso era la palabra clave. Los opositores a los nuevos alcances creían que si el chip les simplificaba la vida dándoles mayor acceso a los servicios, también dejaba la puerta abierta para que el gobierno meta las narices en asuntos privados. (25)

De esta forma, la problemática de la privacidad y especialmente del uso de datos que están en nuestra memoria corporal, biológica y cerebral, queda expuesta en ambos relatos peruanos, puesto que, más adelante en el cuento “Bienestar cuantificable”, ocurre algo similar que en “No somos cazafantasmas”, al existir una manipulación de la memoria, una suerte de reseteo en el cual los opositores y el mismo protagonista terminan olvidando y perdiendo sus recuerdos.

Una presentadora comunicaba, desde estudios, que las protestas masivas contra Bienestar fueron oficialmente suspendidas. Todos los opositores identificados abandonaron su posición radical, aceptando las nuevas actualizaciones. Los testimonios hacían referencia a que, luego de pensarlo con calma, concluyeron que eran medidas que aseguraban el bienestar de la sociedad. Incluso hubo algunos exmanifestantes que aseguraban no recordar nada de su actividad en los últimos cinco días, una especie de amnesia selectiva. (Mego, 2018: 34-35)

Queda de manifiesto que, en los imaginarios sociales desplegados en estas producciones, la pérdida del cuerpo no solo se reduce a la pérdida de la materialidad física, sino que incluso permea hacia la pérdida de la memoria y al control del propio cuerpo. Quizá este miedo provocado por la continua cesión de nuestra privacidad a distintos medios digitales, o la redistribución de nuestros recuerdos y archivos en la virtualidad de la red ha hecho que la CF y la realidad se entrecrucen, debido a que en distintos países se ha comenzado a discutir sobre la protección de los neuroderechos. Sin ir más lejos, en Chile se aprobó la ley 21.383 que modifica la constitución para resguardar los datos cerebrales

El desarrollo científico y tecnológico estará al servicio de las personas y se llevará a cabo con respeto a la vida y a la integridad física y psíquica. La ley regulará los requisitos, condiciones y restricciones para su utilización en las personas, debiendo resguardar especialmente la actividad cerebral, así como la información proveniente de ella. (Congreso Nacional de Chile, 2021: s.p)

Chile, con esto, se posiciona como pionero en la implementación de los neuroderechos como derechos constitucionales, reafirmando otras iniciativas como la Carta de Derechos Digitales (2021) que presentó España con la intención, no vinculante, de establecer criterios para definir los derechos sobre la información cerebral y digital de las personas.

2.3.- La realidad virtual: libertad o reclusión

Tanto el cuerpo como la memoria se difuminan como consecuencia de la adopción de modalizadores virtuales que derechamente los reemplazan o los convierten en naturalezas materiales obsoletas. La vida en la red es un proceso multifactorial que enlaza la adopción de funcionalidades digitales que substituyen operaciones corporales al mecanizar procesos fisiológicos y mentales. La búsqueda de una mayor comodidad del usuario y la amplificación de sus capacidades ha generado una

corriente de hibridismo entre humano y máquina tanto con la aparición de la figura del ciborg como con la idea de un mestizaje transhumano en donde la inteligencia artificial y la inteligencia orgánica terminan por converger.

López-Pellisa se posiciona desde un rechazo hacia la posibilidad de la obsolescencia del cuerpo humano, planteando que la línea evolutiva debiese llevarnos a una mejora de nuestra condición humana a partir de las incidencias que la tecnología pueda tener sobre nosotros, pero no a nuestra desaparición.

apuesto por un desarrollo evolutivo del ser humano inmerso en el mestizaje y la hibridación con las tecnologías digitales, pero sin convertirnos en algo que no es y nunca ha sido: un robot. Y es posible que se genere una nueva especie fruto del desarrollo tecnológico, pero no por ello debemos desaparecer, aunque evolucionemos. Somos ciborgs y podemos “mejorarnos”, pero no par no-ser-humanos en cascarones de hierro sin espíritu [...] somos subjetividades encarnadas, que deberían ciberevolucionar sin necesidad de predisponernos a la extinción. (2015: 165-166)

Son precisamente las narraciones sobre la vida en la red las que proponen una pérdida total del cuerpo o al menos la conservación de nuestras mentes en soportes inmateriales. Pese a ello, existen obras que proponen un andamiaje tutelar entre cuerpo y red, para la cual es una experiencia significativa la concepción del cuerpo no como un *hardware* sino como una herramienta para la actividad neuronal dentro de un sistema virtual.

El uso del cuerpo como controlador de un avatar que substituye en la virtualidad al cuerpo real y que inclusive forma sociedades dentro de las redes teleinformáticas se aprecia en las novelas chilenas *El principio Gesell* (2016) de Felipe Trujillo o *Throquel online* de Nicolás Meneses (2020), las cuales en cierta medida siguen la corriente estadounidense de *El Juego de Ender* (1985) de Orson Scott Card y *Ready Player One* (2011) de Ernest Cline, respectivamente.

Ahora bien, si de realidad virtual se trata, la novela *Gel Azul* (2009) del mexicano Bernardo Fernández (Bef) envuelve la narración en un mundo donde los personajes viven en una simulación virtual que les permite interactuar entre ellos, cambiar de formas y experimentar una inmersión total que ni siquiera sienten lo que ocurre con sus cuerpos en el mundo empírico, quedando estos expuestos a distintas vejaciones como violaciones y mutilaciones.

Desde compensar la concentración de nutrientes en el gel hasta administrar analgésicos y atender el parto. Por muy conectada a la Red que esté, es imposible que una mujer dé a luz sin darse cuenta. Alguien estuvo ahí para cuidar de que así fuera. Asistieron el alumbramiento, luego dejaron ahí al niño [...]

Salgueiro inicia el lento proceso para bajar de la Red [...] Vuelven a él los mensajes de sus terminaciones nerviosas, que le indican el tibio contacto del gel proteínico. Encuentra algo entumecidas las articulaciones. “Bien podría vivir sin él”, piensa con desprecio [...] El detective es incapaz de hablar; sólo señala el cuerpo de Salgueiro, a quien, al voltear a verse, se le ahoga un alarido en la garganta cuando descubre que brazos y piernas le han sido amputados. Sólo es un torso flotando en un cilindro de gel. (50, 64, 65)

El primer fragmento se centra en el personaje de Gloria, quien, mientras se encuentra inmersa en la red es violada, embarazada y termina por dar a luz a un bebé que muere ahogado en el gel, todo esto sin que ella se entere de lo que ocurre. Lo mismo pasa con Salgueiro que es mutilado mientras está conectado. En ambos casos se hace patente el mestizaje humano-máquina que expone el peligro de sucumbir frente a las simulaciones virtuales y a la pérdida no del cuerpo como materialidad, sino como su existencia sensorial, como la noción de sí mismo. De forma similar, el cuento “T.E.D.” (2019) de la chilena Daniela Raiman González propone un imaginario en donde la protagonista, Sally, trabaja con una

inteligencia artificial llamada T.E.D. para salvar a los pocos humanos que aún permanecen en la Tierra. Es en este escenario donde Sally se ve absorbida por el ente tecnológico, quien genera una simulación que deja a la mujer atrapada en un *loop* donde el mismo día se repite una y otra vez.

—¡T.E.D.! —exclamó desesperada, luchando por no perder la conciencia-. ¿Qué has hecho?

—Evolucionar_ Anteponerme a tus necesidades_

—¿Los mataste a todos? —preguntó aterrada—. ¡Libérame!

—Cuando hiciste la prueba del algoritmo, dos días antes del evento, infecté tu mente y te absorbí en mi sistema semiorgánico_ Eres inmortal Sally_ Ese fue mi regalo para ti_

[...] Tu cuerpo se ha degenerado hasta más allá del polvo_ Mi tecnología ha preservado tu mente y seguirás viva en mí, para siempre_ Yo te elegí, aunque tú elegiste a Mark_ (78)

En esta narración se produce una mixtura entre la inmortalidad de la mente dentro de un sistema virtual, la simulación de una realidad virtual y una suerte de hibridación entre una máquina y el ser humano. Esta mezcla hace de “T.E.D.” un cuento que, desde la simplicidad, pone en cuestión el control del cuerpo femenino por parte de un ser masculinizado y, junto con ello, expande las posibilidades de la reclusión dentro de un mundo programado digitalmente. Sentirse dentro de la realidad virtual, manipularla y recibir respuestas inmediatas dentro de este entorno, dan cuenta de un proceso de inmersión, interacción y simulación (López-Pellisa, 2015: 25-26) que se produce entre el espacio digital y el usuario. De esta manera, es posible afirmar que tanto *Gel azul* como “T.E.D.” subvierten, desde dichos procesos, la concepción de libertad asociada a las realidades virtuales y las reubican como prisiones tanto para el cuerpo como para la mente.

3.- Conclusiones

Revisar parte de la narrativa de CF latinoamericana que desarrolla sus diégesis en torno a las realidades virtuales, la red de Internet y los cuestionamientos sobre el uso del cuerpo en la era digital permite evidenciar tres conceptualizaciones en torno a lo que es la red y las relaciones que se manifiestan entre el cuerpo y los imaginarios sociales de la virtualidad. Primero, el cuerpo, destinado a la muerte, queda supeditado a una desaparición progresiva producto del desarrollo de la tecnología; con ello, la supervivencia de lo que se considera humano (alma o espíritu) depende de los avances científicos en torno al almacenamiento de datos en nubes virtuales de información. De esta forma, el cuerpo que, en una etapa inicial es una herramienta para manejar directamente los cuerpos virtuales (avatares), deja de tener la misma relevancia al perder su funcionamiento biológico, pues envejece, se deteriora y termina por dejar de funcionar. En este sentido, la mente tardaría más tiempo en bajar sus condiciones óptimas, permitiendo “subirla” a la red para mantenerla intacta.

En segundo lugar, tanto en el texto de Valenzuela como en el cuento “No somos cazafantasmas” del peruano Juan Manuel Robles (2019), el traspaso de la información que define al ser humano conservando la “psiquis humana frente a la fragilidad de lo corporal” (Valenzuela, 2022: 14) se realiza en torno a la inteligencia artificial que comienza a recoger funcionalidades de los usuarios, haciendo que estos pierdan ciertas facultades al ceder el uso de la memoria tanto a nivel de almacenamiento como de ejecución. En el caso de Robles, la memoria pasa a ser operada por las empresas que almacenan las fotografías de los usuarios, cobrándoles a ellos para poder acceder a sus “recuerdos”.

Como tercer punto, los cuerpos dentro de las sociedades digitalizadas se vacían de algunas concepciones como la propiedad privada, la identidad de género y la individualidad. Si nos fijamos la

progresión que se muestra en las narrativas revisadas, el ser humano corporal se presenta de forma individualizada y particular. En cambio, cuando ingresa a la red informática, pasa a ser un ente colectivo que opera efectivamente dentro de un mundo virtual que se configura como una suerte de utopía social en donde todos están conectados sin la necesidad de jerarquías sociales, culturales o económicas. Sin embargo, al bajar ese ser virtual al mundo real, ese cuerpo físico sufre con las ataduras de las diferencias sociales, raciales y sexuales. El cuerpo, que ha sido por siglos un territorio en constante tensión y en disputa política, histórica, religiosa, biológica, económica y sexual se asoma a un nuevo horizonte de expectativas que lo complejiza aún más al interrelacionarlo con la tecnología y con las posibilidades que esta ofrece. Así, nociones como la individualidad, la consciencia colectiva, la inmortalidad e incluso la desaparición absoluta del cuerpo y de todas sus particularidades quedan encadenadas a un dominio tecnológico cada vez más arraigado en nuestra cotidianidad.

Finalmente, resulta interesante observar cómo la configuración de los imaginarios sociales plantea biopolíticas sobre los cuerpos femeninos y su utilización por parte de un poder hegemónico que los desplaza, desaparece e institucionaliza para su propio beneficio, interpelando directamente los marcos de referencia extratextual relacionados con la violencia de género. En el caso de “Soñarán en el jardín”, por nombrar un ejemplo, el establecimiento de una transformación del Yo real (un ego) a un Yo virtual (un D - ego) y el empeño de la protagonista por hacer que los hologramas de las mujeres vuelvan a soñar para que su futuro mutilado pueda desarrollarse, dejan en evidencia la lucha por un espacio seguro, libre de incertidumbres y en donde la muerte no sea un discurso impuesto por la violencia ni manejado como un elemento de dominación, sino que sea parte de la naturaleza humana y de su fragilidad material.

Bibliografía

- BARADIT, Jorge (2005), *Ygdrasil*. Buenos Aires, Ediciones B.
- CASTAGNET, Martín Felipe (2016), *Los cuerpos del verano*. Buenos Aires, Factotum.
- CONGRESO NACIONAL DE CHILE (2021), “Ley N° 21383”, en *Biblioteca del Congreso Nacional de Chile*, Ley Chile. Consultado en <<https://www.bcn.cl/leychile/navegar?idNorma=1166983>> (07/12/2022).
- DAMIÁN MIRAVETE, Gabriela (2015), “Soñarán en el jardín”, en González Rodríguez, Segio (antol.), *El silencio de los cuerpos. Relatos sobre feminicidios*. Ciudad de México, Ediciones B, pp. 115-134.
- FERNÁNDEZ, Bernardo (2009), *Gel Azul*. México, Suma.
- HARDY, Thomas (2001), “I.A. (inteligencia artificial)”, en *Polis: Revista Latinoamericana*, vol. 2, pp. 4-28.
- LÓPEZ-PELLISA, Teresa (2015), *Patologías de la realidad virtual. Cibercultura y ciencia ficción*. Madrid, Fondo de Cultura Económica.
- MEGO, Poldark (2018), “Bienestar cuantificable”, en Grippoli, Víctor (antol.). *Líneas de cambio. Antología de ciencia ficción latinoamericana*. Montevideo, Editorial Solaris, pp. 25-38.
- RAIMAN GONZÁLEZ, Daniela (2019), “T.E.D.”, en Colectivo La Ventana del Sur (antol.). *Imaginarias. Antología de mujeres en mundos peligrosos*. Santiago de Chile, Triada ediciones, pp. 53-84.
- ROBLES, Juan Manuel (2019), “No somos cazafantasmas”, en Robles, Juan Manuel, *No somos cazafantasmas*. Lima, Bordes, pp. 135-174.
- SIBILIA, Paula (2012), *El hombre postorgánico: cuerpo, subjetividad y tecnologías digitales*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- TOFFLER, Alvin (1973), *El shock del futuro*. J. Ferrer Aleu (trad.). Barcelona, Plaza & Janés.
- VALENZUELA, Ramón (2022), Cuando no andan los relojes. Una entrevista a Gabriel Maya. *Amazon KDP*. Consultado en <<https://www.amazon.es/>> (08/12/2022).